

aquella noche con una fijesa inmensa, y no desprendia de mí sus miradas; pero ¿por qué lo he de negar? en esas miradas no encontré odio ni indiferencia;—sí ví compasion, ternura.

Despues de cenar Arturo quiso ver á Julia; penetré con él en la pieza en que la niña se hallaba, la tomó en sus brazos y la acarició largo rato; en seguida, cuando sin duda me creyó distraida, sacó de su bolsa unas tijeras y cortó un rizo de pelo de su tierna hijita, mas tarde aplicó repetidos besos en su frente, y le sorprendí dos lágrimas.

Luego se acercó á mí teniendo en sus brazos á Julia, y comenzó á conversar largo conmigo de asuntos indiferentes; yo conocia que mi esposo queria hablarme de ternura, de cariño, pero que temiendo que, esta conversacion despues de largos dias de indiferencia, fuese á producir en mí alguna extrañeza, calló, ó mas bien diré, no me habló en ese sentido.

A las diez ví que temblaba; era la hora en que nos recogiamos, él contra su costumbre parecia que no me queria abandonar, pero cuando las diez y media sonaron, se levantó, puso en mis brazos á la niña, estrechó entre las suyas mi mano, y en seguida salió de la recámara.

Su paso era pausado, y se comprendia que iba sumergido en la meditacion mas profunda.

En esos momentos comencé á menear á Julia para que despertara, porque queria que volviera á dormir á la hora en que debia yo salir de la pieza, y así, su sueño no siendo corto, me daria tiempo para todo.

Efectivamente, aunque inquieta, mantuve una hora despierta á Julia, luego la comencé á arruñar; no me costó mucho trabajo dormirla, y á las once y tres cuartos dormia ya profundamente colocada en su cuna; en seguida me acosté.

Poco despues ví pasar y penetrar en mi recámara á Arturo, que venia de puntitas. Llegó hasta mi cama y quedóse un momento viendo si yo dormia. ¡Qué penas pasé entonces!..... el más ligero movimiento me podia traicionar, pero Dios tuvo piedad de mí!

—¡Duerme! exclamó, y se dirigió á la cuna de Julia, que se encontraba cerca de mi cama, aplicó de nuevo un beso en la frente de su hija..... suspiró..... y en seguida comenzó á salir de la pieza: eran ya cerca de las doce.

Apenas salió Arturo, me vestí apresuradamente y con un paso apenas perceptible salí del cuarto, y penetré temblando en el corredor: si Arturo me veia, era yo perdida, y esta idea me lle-

naba de un nuevo sobresalto; mil veces me ví impulsada á retroceder y á no exponerme, pero otras tantas el amor de Julia me prestó valor.

Una vez en el corredor comencé á bajar la escalera, me detuve en el descanso, pues creí escuchar unos pasos..... efectivamente era Arturo que venia ya.....

Como se comprenderá, mi sobresalto aumentó considerablemente; pero previendo que quedarme allí era venderme, me introduje pronto en el despacho de mi esposo, que por casualidad estaba abierto, y se encontraba situado en el descanso de la escalera.

En él habia dos velas encendidas, lo que me hizo conocer al instante, que la conferencia iba á tener lugar allí.

Dios me habia pues salvado, y guiado al propio tiempo.

Una vez en esa pieza, comencé á buscar con empeño un lugar donde fuera fácil ocultarme, y pronto descubrí una percha llena de ropa: allí fué donde me introduje, colocándome de la manera más cómoda que me fué posible.

Mi esposo, en el mismo momento en que yo me ocultaba, bajaba las escaleras; llegó á la puerta de la calle, la abrió, y se quedó aguardando en ella.

Las doce daban en el reloj del templo vecino, cuando los tres enmascarados aparecieron; poco despues Arturo cerraba el porton y subia en su compañía.

Sucedió como me lo habia yo previsto, porque apenas hubieron llegado á la entrada del despacho, mi esposo hizo indicacion á los enmascarados para que entrasen, y poco despues cerraba la puerta, quedándose encerrado con ellos.

En ese momento dijéronse unas palabras que no pude comprender, y al mismo tiempo se descubrieron los tres hombres; entónces pude ver sus fisonomías: uno de ellos era anciano, tenia el pelo y la barba blancos; era de anchas espaldas, y muy mal formado; en su rostro se notaba un aire de sarcasmo muy marcado.

El segundo era un hombre como de unos 50 años de edad, en extremo feo y repugnante en su aspecto; faltábale un ojo y tenia una gran cicatriz que le atravesaba la cara.

El último era un jóven de figura interesante, pálido, de grandes ojos negros, muy buena barba, y una una nariz griega, tenia sin embargo algo que lo hacia rechazante, á pesar de que su aire hipócrita daba á su conjunto un viso de bondad inmenso.

Cuando se hubieron descubierto, dieron los tres

un fuerte abrazo á Arturo, y entónces pude tambien escuchar sus nombres; el anciano se llamaba Roque, el segundo Jacinto y el jóven Adolfo.

Mi esoso los hizo tomar asiento, destapó en seguida unas botellas de Champagne que tenia preparadas en la mesa, y llenó cuatro copas, las tomaron en las manos, hicieron ciertos movimientos extraños con ellas, y consumieron enteramente el vino.

Entónces Arturo se levantó, y tomando la palabra comenzó á hablar: ¡Ay! amigas mías! no podeis figuraros exclamó entónces Marta, las horribles torturas que en esos momentos atormentaban mi alma; solo Dios pudo prestarme su auxilio y darme fuerzas para no tracionarme!

Lo que Arturo dijo fué lo siguiente. Ha llegado al fin amigos míos, el momento en que deban realizarse mis proyectos, y en que venga á mi poder la fortuna de mi esposa; vuestra cooperación me es necesaria, y espero que estareis dispuestos á servirme.

Nos tienes á tus órdenes, exclamaron los tres desconocidos y mediante la suma que nos tienes prometida, somos tuyos en cuerpo y alma!

Bien! exclamó Arturo estrechando la mano de aquellos tres malvados, voy á firmaros la obligacion de esa suma, y tres días despues de la muer-

te de mi esposa, la presentareis en mi despacho y la cantidad será cubierta.

Al hablar así, extendió tres pliegos y estampando en ellos su nombre, los entregó á sus viles compañeros, estos los tomaron con alborozo, y elevando las copas que habian llenado de nuevo, exclamaron. "Por el éxito de nuestra empresa, y porque no se escape ninguna de nuestras víctimas."

Arturo se turbó; mas continuó hablando para disimular su emocion. Yo escuchaba horrorizada sus palabras, y temblaba al ver la horrible sangre fria, con que aquellos infames decretaban mi muerte; en aquellos momentos elevaba mis ojos al cielo implorando la ayuda de ese Dios lleno de misericordia, y detenía la respiracion, para no perder una sola de las palabras de mi esoso que decia. Puesto que Marta es ya madre, y la mitad de su fortuna recae en esa tierna niña, preciso es deshacernos tambien de esa criatura.

Ya lo creo, exclamaron los otros; la muerte de tu esposa sin la de tu hija seria inútil. no; el mismo brazo, que hiera á la madre, atravesará el pecho de la hija!

Al escuchar estas palabras no fuí dueña de mí, quise lanzarme en medio de aquella pieza para confundir á los malvados; mas comprendiendo

que con este paso solo lograria perderme, me contuve, y esperé ansiosa la respuesta de mi esposo.....Este parecia turbado, y sus labios no articularon palabra: sus tres cómplices lo contemplaron con sarcástica sonrisa, y despues de un largo rato de silencio le dijeron.

—¿Vamos Arturo, porque vacilas? ¿Será posible que un hombre como tú avezado al crimen tiembale hoy al realizar sus proyectos?

Estas palabras [parecieron volver á la vida á Arturo. Señores, dijo volviéndose á sus compañeros, jamás he temblado ante el crimen y el peligro, pero hoy, que se trata de arrancar la vida á una criatura inocente é indefensa que apenas comienza á existir, mi corazon rechaza el crimen; nó, amigos míos al fin ¡soy padre! deseo y quiero la muerte de mi esposa, pero tambien estoy resuelto á salvar la vida de mi hija.

—¡Gracias Dios mio! exclamé al escuchar las palabras de Arturo; ellas amparaban la vida de Julia, y en aquel instante bendije al hombre que al matarme, protejía á mi tierna hija!.....

Al escuchar las palabras de mi esposo, los tres desconocidos se miraron sorprendidos: Arturo continuó, natural es la sorpresa que mis palabras os habrá producido, pero voy á manifestaros mi plan, y vereis como muerta la madre,

nos será fácil deshacernos de la niña, sin que sea preciso arrancarle la vida.

El mas anciano tomó entónces la palabra por sus compañeros, y dijo á mi esposo.

—Tu sabes lo que haces Arturo, cualquiera que sea tu plan, estamos dispuestos á favorecerte, dinos pues lo que debemos hacer, y el fin para que hemos sido citados á este lugar?

—Voy á complaceros añadió Arturo, prestadme vuestra atencion. Mañana justamente cumple un año la pequeña Julia, y sus balbucientes labios podrian traicionarnos mas adelante, preciso será pues arrancar de este país á la pobre huerfana, despues de muerta su madre, y trasportándola á los Estados- Unidos, dejarla abandonada á la puerta de un edificio, donde será recojida por la caridad pública, y se ignorará siempre el nombre de sus padres.....

—Yo me sentia morir ante el proyecto infame de mi esposo. Sus compañeros exclamaron.

—Bien Arturo; mas ¿de qué medios nos valdriamos para ampararnos de tu esposa y de tu hija?

Eso es muy fácil añadió Arturo, el plan es muy sencillo, escuchadme:

—Yo entónces concentré toda mi atencion, y

pendiente de los lábios de mi esposo, no perdí una sola de sus palabras: éste decía, mañana á la caída de la tarde propondré un paseo á Marta, para festejar el cumple-años de la niña, y exigiré de ella que la llevemos en nuestro coche sin ninguna criada por supuesto. Cuando nos encontremos en el campo, me internaré con ellas, y cuando hayamos llegado á media legua de la Cueva roja, que bien conocéis, tendrá lugar un episodio, en que vosotros os convertireis en malhechores, gritareis y hareis parar el caruaje: nos vendais los ojos á Marta y á mí, y en seguida hareis como que pretendéis quitarme la vida..... Se oye luego un tiro de pistola..... y exclamais ¡es muerto!..... os apoderais entónces de mí y de Julia, trasportareis á ambas á la Cueva, allí dareis muerte á la primera; miéntras Adolfo se encarga de llevar á Julia al lugar que hemos convenido; vosotros dos entre tanto colocais el cuerpo de mi esposa á la entrada de la Cueva, tened tambien preparado el esqueleto de una niña, y lo poneis cerca de ella, con los vestidos ensangrentados de Julia, así se creará que algunas fieras han devorado á esas desgraciadas víctimas, y para no dar lugar á sospecha alguna, comprado tambien á cualquier precio uno de estos animales, matad-

lo, y destrozadlo en seguida, dejándolo allí tirado junto á Marta, para que se crea que las mismas fieras pelearon entre sí, y una de ellas fué igualmente devorada por sus compañeras, yo entre tanto enteramente disfrazado regresaré á la ciudad, y á eso de las once de la noche no viendo llegar á mi esposa, muestro la mayor alarma, me dirijo á los telegráficos para encargarles pidan noticias, solicito personas que corran en su busca, y me entrego á la mas completa desesperacion.

Se encontrarán por fin los tristes restos de Marta y de su hija, los colocaré con los finjidos de Julia en un magnífico mausoleo, aparentaré un pesar inmenso, y dentro de un año emprendo un viaje para distraer mi espíritu, y entónces concluirán las farsas, y comenzaré en efecto á gozar.

—¿Habeis comprendido bien mis proyectos, camaradas?

—Muy bien, respondieron, y vemos que has sabido perfectamente combinarlo todo; pero nos resta aún que hacerte algunas observaciones:

1^a Adolfo partirá con la niña antes de la muerte de su madre, porque si la criatura presenciara esto, podria afectarse algo, y aunque no com-